

La luz del mediodía da de lleno en el alicatado de la cocina. Los baldosines blancos refulgen y los finísimos granos amarillentos del reloj de arena caen como si el tiempo se desangrara, porque hay que saber el punto exacto de cocción del huevo y no hay mejor método para controlar el tiempo de cochura. El reloj de esfera de color crema y números góticos, colgado en la pared junto al almanaque, marca las horas a veces con una lentitud exasperante, a veces con una rapidez excesiva, pero yo prefiero que los minutos pasen lentos, muy lentos, como debe suceder en los relojes blandos que pintó Dalí en *La persistencia de la memoria*, esas esferas derretidas por la solanera y colgando de ramas reseca. He aprendido a disfrutar cada segundo y por eso me gustan las dalinianas manecillas chorreantes y su medición melancólica del tiempo. Entendí que el tiempo era algo viscoso en las tediosas sesiones de quimioterapia, cuando las enfermeras, con la amabilidad que da su duro oficio, me sentaban en un sillón cómodo, me ponían una vía para que entrase en las venas la droga limpiadora que contenían las bolsas, y sentía como si unos meteoritos circularan por mis arterias y practicasen una política de tierra quemada, arrasando todo a su paso. Y él, que ahora mismo el muy cocinilla se afana en preparar la comida, al término de cada sesión de quimio, me cogía con dulzura del brazo, me llevaba a casa y me hacía más llevaderos los largos días y las noches de insomne tristeza.

Los filetes de ternera, rojos, gruesos, sanguíneos, reposan en un plato hondo de cristal y en el momento en el que él los coja para ponerlos en la plancha, sentiré en la yema de sus dedos algo parecido a lo que tuvo que sentir el cirujano cuando me rebañó el pecho, cuando al terminar la mastectomía depositó la teta tumorosa –un trasunto de flan pútrido- en una bandeja de acero inoxidable como un matarife de lujo, mientras mi cuerpo quedaba mutilado, al estilo de la imagen de santa Águeda que hay en el retablo

de la iglesia gótica que tanto frecuenté hace años durante la redacción de mi tesis doctoral; la efigie de la mártir es un poema, con sus ojos desorbitados y los senos serrados y puestos en una bandeja que ella enseña como una pastelera escatológica que ofrece unos dulces recién horneados. Él, que en estos instantes se desenvuelve como un avezado discípulo de Ferrán Adriá, fue mi mejor terapia en las crudas semanas posteriores a la operación, porque acariciaba con suavidad mi piel cicatrizada, posaba su mano en la zona cero donde estuvo, aún duro y erguido, mi pecho, y me decía al oído que sus manos serían mi sujetador a lo largo de las noches y que seguía tan guapa como siempre.

Huele a pimienta. Quedan pocos granos en el bote de cristal que compramos en el supermercado durante la semana dedicada a la gastronomía del Lacio; *pepe nero* pone en la etiqueta, pimienta negra muy aromática, picante como una película de la época del destape. En el frutero hay un zigurat de naranjas y manzanas, redondas como planetas comestibles o como la cabeza de las nadadoras, con sus gorros de baño. Tras la quimio me quedé calva, la cabeza parecía una escafandra de buzo o la calavera de un cuadro de las *Postrimerías* de Valdés Leal, y durante unos meses viví inmersa en un otoño vital. Cuando veíamos en dvd las películas de cine negro, me ponía a llorar en silencio al ver, entre las brumas de tabaco del celuloide, el cabello rubio y lacio de Lauren Bacall o los meneos de melena de Rita Hayworth, porque me acordaba de mi pelo, de cómo él mesaba al principio de conocernos mis guedejas castañas. Y para desdramatizar mi aspecto de inclusera despiojada, él acariciaba mi cabeza monda como hacía Chaplin al jugar con el globo terráqueo en *El Gran Dictador*, y luego besaba mi cráneo como dándome los buenos días con suavidad.

Las cáscaras de huevo, las peladuras de patata y las vainas vacías de los guisantes en el cubo de la basura componen una *performance*, y me acuerdo de cómo echaba de menos ir a las galerías de arte, a codearme con los pintores, escultores y críticos, a beber cava y comer pastas en la inauguración de exposiciones rompedoras y con su punto de provocación; mas por aquel entonces estaba aquejada de un cansancio que parecía secular, mi cuerpo era como el de una marioneta desmadejada, y él me cogía en brazos para llevarme frente a la ventana de la sala y así poder contemplar, en el parque de enfrente de casa, la caída de las hojas en noviembre y diciembre, para leerme en voz alta, con voz de locutor, fragmentos de James Joyce, Miguel Delibes y Paul Auster, mi trilogía predilecta de escritores. Escuchaba los párrafos cadenciosos y las palabras como engastadas por un joyero del *Ulises*, las frases de horizontes mesetarios de *El camino*, los textos paradójicamente inverosímiles y posibles de *Brooklyn Follies*, y en todos ellos encontraba luz al final del túnel porque entrañaban la redención del hombre, su vencimiento de las adversidades a través del enraizamiento a un lugar, a una ciudad, a un paisaje.

El cazo que hay puesto en la encimera rebrilla de puro limpio, y en su superficie puedo ver mi reflejo, mi imagen abombada y deforme como en los espejos truculentos de una barraca de feria. En el espejo del cuarto de baño veía mi imagen fantasmagórica, como una desnortada de la Santa Compañía: con manchas en la piel, un brillo de eclipse de luna en la mirada, los huesos marcados y los labios tumefactos...Él me untaba crema por todo el cuerpo para hidratar la piel y me decía que mis ojos volverían a tener el verde brillante de las praderas de Irlanda, me enjabonaba con mimo al ducharme, me

hacía la manicura repitiéndome que mis manos seguían siendo la de una concertista de clavecín, e incluso me animaba a maquillarme porque no dejó de ver belleza donde había un territorio humano devastado por el cáncer.

El agua hierve, borbotea, el extractor de humos tiene un runrún cansino, el microondas produce un ruido circular y pita tres veces al final, el entrechocar de los platos es un estrépito de vidrio y cerámica, pero esos ruidos, esa especie de sinfonía dodecafónica no tiene nada que ver con las cantatas de Bach que escuchábamos juntos, al caer la tarde, porque esa música me ayudaba a desescombrar mi memoria y a rellenarla con una extraña nostalgia de los mundos venideros. Él, con esa intuición poética con la que ha visto siempre las cosas, decía que las cantatas y tocatas y fugas de Juan Sebastián Bach eran la música del universo en expansión, el rotar de los planetas y galaxias llevados al pentagrama, una música abstracta, no figurativa, como los lienzos de Paul Klee, de Mondrian, de Rothko.

Los calamares chorrean agua del grifo después de haber sido limpiados a conciencia. Las bolsitas de tinta están aparte, aunque su olor no es tan sugerente como el de la tinta fresca de los diarios recién impresos que deja huellas en los dedos al leer las primeras páginas, como si la policía nos hubiera tomado las huellas dactilares. Añoraba el bullicio de la redacción del periódico, los nervios de última hora antes de entregar el artículo, el sonido de las teclas de los ordenadores y el ballet de tarántula de las manos al escribir, pero él me confortaba diciendo que cuando volviese todo seguiría igual, que no tendría sensación de tiempo perdido, que al retomar la dirección del

suplemento de cultura pensase que sólo se había tratado de un tiempo en barbecho, algo necesario para revitalizar el humus, el sustrato orgánico de mi mente.

En el frigorífico, sujetadas por imanes *kitchs* comprados como *souvenirs* en diferentes ciudades y países, las fotografías conforman un puzle de la memoria, fogonazos de imágenes aprehendidas; en las fotos estamos ambos, o yo sola, delante de monumentos o de paisajes, como si los recuerdos inconexos tuvieran formato de polaroid. Conforme me iba recuperando de los ciclos de quimioterapia, paseábamos por la ciudad, sobre todo los días nublados, no sólo porque el sol me resultaba dañino, sino porque siempre he preferido los días grises con cielos surcados de nubes plúmbeas. Primero dábamos breves paseos por las plazuelas del casco histórico y más tarde emprendíamos paseatas por el parque del Seminario, para, desde los jardines abancalados repletos de plantas aromáticas, contemplar la catedral y las casas solariegas que rodean el templo. Y en el parque del Seminario nos sentábamos en un banco para ver trabajar al viejo fotógrafo que, con su cámara de cajón pintada de rojo, retrataba a las personas, turistas casi todas, que, de higos a brevas, se prestaban a ello. Aquel fotógrafo de pelo cano se encorvaba para mirar por el objetivo, se cubría los hombros con un paño negro y apretaba la perilla de la cámara como un prestidigitador en pleno espectáculo, porque era el último representante en la ciudad de los fotógrafos ambulantes que, desde la invención del daguerrotipo, viajaban de un lado para otro cargados con sus bártulos para inmortalizar las poses y las caras serias de quienes pretendían desafiar al olvido por medio de un momento fosilizado en cartulina o papel revelado. Y por insistencia de él, un mediodía de cielos grisáceos, nos hicimos una foto juntos, su brazo enlazando mi cintura, mientras el fotógrafo de pelo blanco, con movimientos lentos, recubría sus hombros con el paño negro y apretaba la perilla de la

máquina. Ahora, mientras él sazona la ensalada y vierte un chorro de aceite de oliva, contemplo esa fotografía en blanco y negro tomada en el parque del Seminario, y pienso que es un fotograma de una película de cine mudo, ya que mi gesto altivo y algo histriónico recuerda al de Gloria Sawnsen en sus años gloriosos.

El horno, entreabierto, huele a bizcocho, toda la cocina huele a obrador de confitería, y seguro que él se está relamiendo pensando en el momento del postre, cuando le hincó el diente a un pedazo, porque le sale estupendo, jugoso, y cada vez que paladeo su exquisito mojícón me mira, porque dice que pongo los ojos en blanco y la cara de placer de quien piensa en el orgasmo que corona la danza tribal del sexo; poco después del alta médica volvimos a entrelazar nuestros cuerpos en horizontal, sus manos recorrían con avaricia mis caderas y muslos, las bocas recobraban el sabor salado del sexo y al finalizar, dormíamos sobre las sábanas revueltas como dos náufragos extenuados tras tocar tierra.

El mantel y las servilletas de hilo, las copas, la botella de Pesquera descorchada para que el vino se oxigene, los cubiertos, la botella de agua mineral, la panera...todo está dispuesto con ese orden obsesivo, germánico, que me gusta en la mesa. Nunca he soportado el hule ni las servilletas de papel, y no digamos jarras o vasos de plástico. Todo eso está bien para los cumpleaños de los niños, para sus merendolas. El hecho de ver la mesa bien puesta demuestra que, desde hace meses, vuelvo a recrearme en los pequeños detalles. Él fue no sólo mi báculo y mi paño de lágrimas en la época de la sima del dolor, sino que me enseñó a valorar las cosas insignificantes de la vida, a que recuperara la confianza en mí misma, a sentirme nuevamente deseada a pesar del

zarpazo que el bisturí le pegó a mi cuerpo. Las risas, las conversaciones chispeantes con los amigos, los silencios sobrecogedores que se hacían en los conciertos entre un movimiento y otro de las piezas musicales, las cenas compartidas con compañeros de trabajo en mis restaurantes preferidos, todo eso fue la medicina que terminó por sanarme, por devolverme mi vida preterida.

A partir de entonces comprendí que lo más importante era yo, que cada día transcurrido sin exprimir cada minuto era una oportunidad perdida, y por eso descubrí el amor, el verdadero y pasional, el que me hace templar de emoción al oír la melodía del móvil por si es esa persona quien me llama, el que me redescubrió placeres y pensamientos aletargados o momificados. Por ello, es necesario hacer de tripas corazón, porque cuando acabemos de comer y en la botella de vino sólo quede un culo y en los platos de postre unas migajas de bizcocho, le soltaré a bocajarro, con un escopetazo de sinceridad, que lo siento mucho pero voy a dejarle, que he encontrado a otra persona que me hace feliz, que le agradezco lo que hizo por mí durante mi convalecencia, pero que ya no soporto este teatro, esta farsa de vida, y que sanseacabó.